

837-838 OPUSCULO QUINCUAGÉSIMO CUARTO. SOBRE EL AYUNO DEL SÁBADO.

ARGUMENTO.

Exhorta a los monjes a ayunar el sábado, en honor a la sepultura de Cristo, con alegría y devoción, como solían hacerlo en otros tres días de la semana, presentando ante sus ojos las utilidades y el mérito de dicho ayuno.

A los santos hermanos establecidos en el desierto de Gamugni, PEDRO, pecador monje, les envía un saludo de paz en el Espíritu Santo.

[SOBRE EL AYUNO DEL SÁBADO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que todo sirve en este mundo para el uso del hombre.

Los administradores de casas o procuradores de campos, mientras desean agradar a sus señores, no permiten que se reduzcan los cánones de las exacciones durante el tiempo de su administración; nosotros también, a quienes se nos ha confiado la custodia no de cualquier cosa, sino de vuestras almas, tememos mucho si los frutos de vuestras labores, que se llevaban a los graneros del Señor, se reducen bajo nuestro cuidado, si la medida de vuestra santa servidumbre no se cumple por nuestra, Dios no lo quiera, connivencia. Pues todo lo que se trabaja en este mundo beneficia al uso del hombre, pero solo el fruto de las almas sirve al uso del Creador. Por lo tanto, nos vemos obligados a esperar con temor el juicio divino, ya que debemos rendir cuentas, no de los campos que pronto se aran con arados y cuchillos, sino más bien de las almas que representan la imagen de su Creador. No se nos lleva a rendir cuentas de los campos que están sujetos a arados y cuchillos, sino de las tierras racionales que deben ser cultivadas para recibir las semillas de la palabra celestial. Así como debemos temer nosotros, que estamos encargados de vigilar vuestra custodia, también vosotros debéis aspirar con gran alegría del corazón a la corona propuesta para vuestros santos trabajos, sin disminuir lo que habéis comenzado, sino aligerar la carga, mirando hacia dónde os dirigís. Entre las demás flores de vuestra santa conversación y estudios de piedad, sugiero a vuestra caridad que se mantenga la regla acostumbrada de ayuno durante cuatro días a la semana, y especialmente el sábado, que en la mente de algunos ya vacila, a menos que sea por los débiles, no se debe romper. Sé bien que los ayunos de tres días se llevan a cabo sin lucha ni discrepancia; pero el sábado, la mente débil y tibia comienza poco a poco a vacilar en un cierto punto medio entre abstenerse o comer, y como si estuviera en una encrucijada, duda hacia dónde dirigirse, y pronto se relaja de su rigor, medita sobre mesas, platos, copas y todo lo que compete a los alimentos. Se simula débil en el cuerpo, y en sus pensamientos frecuentes considera cuál es la suavidad de comer: desespere de poder soportar las tareas de la noche que se avecina. Mientras tanto, aquel incitador somnoliento de la gula pruriente enciende, introduce la lujuria de refrescarse, infunde el veneno de la deleitación pestilente, enseña el camino dorado de la discreción, afirma que debe evitarse con sumo cuidado la ruina de la indiscreción; que es mejor comer con sobriedad que nutrir la rabia de comer con hambre duplicada. Con gran precisión, el antiguo seductor lanza su anzuelo de astucia sobre los hijos, que una vez usó para atrapar a los padres del género humano (Gén. III). Había atraído a nuestros padres, traspassados por el aguijón de la gula, y el astuto explorador aún observa la entrada de la gula para atraparnos. Aún emplea a cualquier adulator y complaciente, incitándolos a decir externamente lo que él siembra internamente, para que el hombre miserable, entre tantas balistas y máquinas, entre tantos torbellinos de flechas y tempestades de misiles, caiga fácilmente; contra quien, en efecto, tanto el asedio de las lenguas como la

sedición de los pensamientos conspiran unánimemente para luchar. Además, no debe omitirse que la misma lucha surge en las mentes débiles el martes de cada tiempo cuaresmal, cuando se ayuna cinco días a la semana, lo que ocurre con los sábados en otros tiempos del año, cuando, en efecto, se concluye la suma dentro de cuatro días de ayuno. El maligno enemigo, porque no puede profanar el sábado cuaresmal entre los siervos de Dios, intenta al menos violar el martes; pero cuando se pierde el rigor de este día, inmediatamente se traslada a atacar el sábado; para que el antiguo adversario nunca cese de infligir la lucha, y el siervo de Dios nunca pierda la ocasión de la victoria.

CAPÍTULO II. Por qué se instituyó que los monjes ayunaran tres días a la semana.

Vosotros, amados, no dejéis sin razón la regla transmitida por los Padres, y que vosotros habéis guardado durante mucho tiempo; unid el ayuno al culto salubérrimo de la sepultura vivificante del Señor. En verdad, estos tres días contienen por misterio tres diversidades de tiempos, el viernes, el sábado y el domingo, y por eso debemos observar estos días especialmente entre los demás: dos en la mortificación de la carne, el tercero en la alegría espiritual. El viernes, el Señor colgó en la cruz, el sábado descansó en el sepulcro, y el domingo resucitó. Como si toda esta vida fuera un viernes, en la que ahora vivimos como moribundos, en la que se nos ordena llevar la cruz diariamente tras Jesús; el sábado, que ciertamente significa descanso, representa el espacio desde el día en que morimos hasta el día de la resurrección, cuando nos presentamos ante el tribunal del Juez eterno con los cuerpos retomados; el día del Señor será aquella eternidad después del juicio, que no tendrá fin de luz y gloria. En el sábado de este tiempo que fluye, cada uno de nosotros debe afligir su cuerpo, para que después descanse suavemente en aquel. Aquí, el espíritu ferviente mortifique las blandicias de su carne, para que en aquel exulte felizmente en el banquete. Aquí, lloremos con las santas mujeres en la sepultura del Señor, para que allí contemplemos la gloria de quien resucitó de la muerte. Ojos llorosos, rostros pálidos, semblantes abatidos, cabellos descuidados, sean signos de que somos discípulos del crucificado, o del que yace en el sepulcro, para que ahora, afligidos con los apóstoles llorando y ayunando, después nos unamos a ellos en el banquete de miel y pescado asado (Luc. XXIV). Para que el fruto y la utilidad del ayuno del séptimo día no brillen tanto en palabras como en hechos, no creemos fuera de lugar tomar algo breve de nuestras obras para vuestra edificación.

CAPÍTULO III. Milagro que aprueba el ayuno del sábado.

Pues lo que voy a decir, recuerdo haberlo escrito ya, donde discutí sobre ocho ayunos: apenas había escrito esto, no ocultaré lo que por casualidad o más bien por designio divino me ocurrió saber. Un hermano anciano, que había vivido casi treinta años en una celda eremítica, vino a mí y me reveló en privado una visión que había tenido. A menudo, dijo, maestro, he sentido el aguijón de la ira y la rivalidad contra ti, porque insistías tanto en que se ayunara el sábado; mientras tanto, deseé ir a Jerusalén; y mientras ardía cada día más con este deseo, un domingo por la noche, se me apareció en visión un clérigo resplandeciente y me dijo: Hermano Juan, pues así se llamaba, ¿quieres ir a Jerusalén? Cuando respondí que sí, inmediatamente me llevó allí en sueños, recorriendo muchas tumbas de santos, y señalando especialmente de quién era cada una; finalmente, con el mismo guía, llegué al sepulcro del Señor, y he aquí que detrás del sepulcro estaba un clérigo de rostro sereno y hermoso aspecto, decorosamente vestido con una estola blanca hasta el cuello, quien me dijo: Tú, hace tres días, adoraste verdaderamente la cruz vivificante, y ayer también la sepultura del Señor, mientras ayunabas. A partir de esto, eliminando todo escrúpulo de duda, reconoce que verdaderamente celebras y adoras la cruz el viernes y el sepulcro de Cristo el sábado, si ayunas esos días orando y salmodiando. Instruido por este oráculo, perdí el escándalo que

tenía contra ti, Padre, y desde entonces he ayunado el sábado con no menos devoción que el viernes, si la capacidad lo permite [ayunaré]. Esto me relató el santo hermano, cuando lo que escribimos entonces no sabía en absoluto, y aún lo ignora por completo. No me ha molestado escribir esto, para que si no os encontráis con aquella obra, al menos esto no escape al conocimiento de vuestra fraternidad.

CAPÍTULO IV. La negligencia de los mayores también perjudica a los descendientes con su ejemplo.

Por lo tanto, queridos, debemos evitar que en nuestro tiempo esta santa vida se enfríe, y poco a poco, disminuyendo, Dios no lo quiera, desaparezca por completo. Sabemos que de una gran y ardua obra apenas quedan ya tenues reliquias; y así como lo que los mayores omitieron no se repara por nosotros, tampoco lo que se pierde por negligencia entre nosotros será restaurado por la posteridad de nuestros sucesores, para que sea verdad lo que dijo Horacio (Lib. III Carm., od. 6.). La generación de los padres, peor que la de los abuelos, nos ha dado a nosotros, aún peores, pronto a dar una progenie más viciosa. Así seremos responsables no solo de nuestra negligencia, sino también de la vida ajena; mientras nosotros mismos, al decaer, fallamos, y generamos la causa del defecto para los descendientes. Pues cuando se note la vida de ellos, recurrirán a nosotros, nos pondrán como escudo de defensa; para que quienes fuimos predecesores en la vida, seamos consecuentemente autores en la culpa. No somos mejores, dirán, que nuestros padres; lo que encontramos, lo tomamos; lo que aprendimos, eso mantenemos. Así seremos apóstoles de la pereza ajena, y no maestros de doctrina, sino de olvido; no guías hacia la victoria, sino precursores de la huida. Recordad lo que está escrito: «¡Ay de los que perdieron la paciencia (Ecli. II)!» Y: «Yo, dice, dispongo para vosotros, como mi Padre dispuso para mí un reino (Luc. XXII).» ¿Por qué? No porque comenzaste, sino: «Vosotros sois, dice, los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones (Ibid.).» Por lo tanto, queridos, cortemos de nuestra época esta afrenta; y el emblema de virtud que recibimos de nuestros padres, transmitámoslo fielmente intacto e íntegro a los hijos. Si la vida eremítica ha de disminuir, que comience a disminuir por otros; y no seamos encontrados los primeros en este sacrilegio de fraude; no sea que cuando nuestros padres, fundadores de este propósito, lleguen a la corona, nosotros, acusados por ellos y con insistencia, seamos obligados a sufrir la sentencia de venganza. Pues mientras ellos imitaron con gran esfuerzo las luchas de los bienaventurados mártires, nosotros solo discutimos sobre las solemnidades de los mártires; y quienes no participamos en las batallas, nos gloriamos de alegrarnos en los triunfos realizados.

CAPÍTULO V. Que nuestra vida es el sábado de la última resurrección.

Toda esta vida es, en cierto modo, el sábado de la última resurrección, y como si ahora celebráramos la vigilia y el prefestivo de aquella solemnidad eterna a la que suspiramos. Pero quien se apresura a las bodas, o espera el banquete de alguna gran festividad, no anhela anticipar el desayuno de la hora precedente. Nosotros, invitados a aquel banquete nupcial de la eterna retribución, ya hemos comenzado a apresurarnos; y aún viviendo suavemente y con deleite, como si anticipáramos la hora legítima de comer. ¿Qué tiene que ver el que come con el sepulcro? ¿Qué tienen que ver los banquetes con la sepultura? Si custodiamos la sepultura del Señor con los discípulos, no con los soldados, llevemos la mezcla de mirra y áloe (Juan XIX), no las ollas y calderos. En aquellos, ciertamente, está la amargura de las mentes, en estos, sin embargo, están las seducciones de los placeres. En la sepultura debemos golpear el pecho, no inflar el vientre con manjares; debemos lavar los rostros tristes con lágrimas, no entregarnos a copas para beber; no embriagarnos con vino, sino moderar la bebida con lágrimas (Sal. CI). Sin embargo, no establecemos esto de manera imprudente y sin

discreción, para negar la humanidad a los débiles y la salud a los enfermos. No obstante, que quien está enfermo se conceda a sí mismo la discreción, de modo que no omita la saludable regla de la costumbre cuando se recupere. Que viva más relajadamente, de modo que quien está sano permanezca no obstante en el rigor de su continencia. No nos pese, queridos, guardar el ayuno del sábado; para que, mientras ahora somos sepultados con nuestro Redentor en la muerte bajo la mortificación de los cuerpos, también resucitemos con él y después banqueteemos en la claridad de la gloria celestial (Rom. VI).

Bendito sea el nombre del Señor.